

**BÀRNABO  
DE LAS MONTAÑAS**

**Dino Buzzati**



El protagonista de esta novela, la primera de su autor, es un guardabosques joven que, junto con una cuadrilla de compañeros, pasa su vida en una zona boscosa de las estribaciones de la gran cordillera que delimita la frontera de un país que bien pudiera ser Italia en el primer tercio del siglo XX.

El aislamiento del grupo en el borde de altas cumbres, tan solo mitigado por las visitas que realizan a S. Nicola, el pueblo más cercano, hace que el transcurrir de la existencia esté marcado por las imposiciones de la naturaleza y la climatología.

Hasta que un día aparece un grupo de bandoleros que, al estímulo del polvorín allí establecido para la construcción, luego abandonada de una carretera, siembra el temor de nuevas visitas.

Bàrnabo, el joven guardabosques, es el primero de los personajes de Buzzati en probar el sentimiento de la espera, en espiar, en los largos días, la luz que surge y palidece en las montañas, en experimentar lo que significa esperar. Y es también Bàrnabo el que inaugura la experiencia del tiempo como extraño director de la vida, con sus signos discretos, ligeros y atolondrados, pero irrevocables.

## 1

Nadie recuerda cuándo fue construida la casa de los guardabosques del pueblo de San Nicola, en el Valle delle Grave, también llamada la Casa de los Marden. Desde aquel punto partían cinco senderos que se adentraban en el bosque. El primero descendía valle abajo hacia San Nicola y, poco a poco, se convertía en una auténtica carretera. Los otros cuatro subían entre los troncos, siempre más inciertos y sutiles, hasta que no quedaba más que el bosque, con los árboles secos tumbados por el suelo y todas sus antiquísimas cosas. Y más arriba, al norte, quedaban los blancos guijos que rodean las montañas.

El sol sale por las grandes cumbres, gira sobre la Casa de los Marden y se pone tras el Col Verde. Sopla el viento de la noche, llevándose un día más. Del Colle, el jefe de los guardas, hoy está en vena y tiene largas historias para contar. Sólo él las recuerda, pero si hubiese de relatarlas todas llegaría la noche e incluso la mañana y no acabaría.

La historia de Ermeda, rico señor de San Nicola:

—Venía de la Vallonga con tres de sus hombres. Cuando están cerca del Col Nudo comienza a caer la niebla; él se equivoca de camino, sube por un canalón y va a parar a la gran repisa que hay debajo del Pagossa; ahora no se puede ver, os la enseñaré mañana, de día. Nadie pudo encontrarle nunca, y eso que dicen que le buscaron durante meses y meses bajo las rocas. Han pasado muchos años.

La historia de la Polveriera: proyectan hacer una carretera que una San Nicola con la Vallonga. Las autoridades están de acuerdo. El viejo Bettoni se hace cargo de la empresa. La carretera debía subir por la garganta delle Grave, doblar después a la izquierda, bordear las rocas del Palazzo, llegar a la cordillera del Pagossa y sobrepasar, finalmente, el Col Nudo. Comienzan las obras en San Nicola. Algo a lo grande. Llegan operarios de la Bassa. Deben romper la montaña. Compran grandes cantidades de pólvora y las depositan en un refugio bajo las rocas del Palazzo.

Pero al final de la primera garganta, cuando los trabajadores hacen explotar las minas, la obra debe detenerse. La pólvora no explota, por la noche roban las herramientas. Por allá abajo comienzan a murmurar que es una cosa de locos: dinero tirado. Se repite que debe dejarse tranquilas a las montañas. Y las campanas de San Nicola, tocando para que se vayan los malos espíritus.

Uno de los trabajadores va una noche a robar a una casa. Entonces echan la culpa a Bettoni por no vigilar lo bastante a sus operarios. Un competidor suyo que había perdido la licitación echa leña al fuego. Amenazan con hacer saltar el depósito de explosivos.

Es entonces cuando en los flancos de una peña, algo más arriba del punto por el que debería pasar la carretera, encuentran una especie de cueva, la habilitan como polvorín, la cierran con un muro y se pone a los guardabosques para realizar el servicio de guardia. Mientras tanto, en invierno, las obras se interrumpen y al año siguiente, cuando se retoman, se descubre que falta dinero. Hoy queda un tramo de carretera que llega hasta debajo del Palazzo; más adelante prosigue el sendero que conduce a la Polveriera.

Un día pasan por allí oficiales en misión de reconocimiento y ven aquel depósito: se trata de una buena construcción, un lugar bien resguardado, no lejos de la frontera. Hay, pues, que utilizarlo. Entonces, llevan allí otros explosivos y bastantes municiones, pero el servicio de custodia si-

que correspondiendo a los guardabosques. Las cosas se mantienen sin cambios durante años. Aún hoy, frente a la puerta que se abre en la piedra viva camina arriba y abajo un hombre con fusil. Cada día, al atardecer, la guardia entrante deja la Casa de los Marden y, subiendo por los bosques, con dos horas de camino, llega al pequeño polvorín, cerca del cual existe una pequeña barraca. Se precisan tres hombres cada vez.

La historia de Darrìo, que era también guardabosques. «Hay ladrones en las montañas», decía continuamente. «Escapan de las prisiones y se refugian allá arriba. Un día u otro bajarán a robar y a destruir. Hay que ir a ver». Y partía por la mañana, derecho hacia arriba por el bosque, por los largos depósitos de la erosión, y sólo Dios sabe cómo hacía para encaramarse por las paredes. Los ladrones, decía él, pero quizá no se lo creía. Pasaba lejos días enteros en los bordes de los precipicios. Sin embargo, siendo tan valiente, un buen día ya no regresó. Se espera, se busca en el bosque, se llega hasta debajo de las rocas y se hace sonar el corno hasta llenar todas las montañas. Y una semana más tarde Bertòn, que bajaba de la Polveriera, ¿no ve doce o trece cuervos dando vueltas sin cesar sobre una pared altísima? Está sobre una pared perfectamente vertical situada justo debajo del Baston del Re. Aún hoy se encuentran allí sus huesos, sobre una pequeña terraza. Él se buscó la muerte a fin de cuentas.

Doce guardabosques, con un gorro verde, en el que alguno se pone una pequeña pluma. En la cazadora, un distintivo que representa el escudo del pueblo. El jefe de los guardas, Antonio Del Colle, con los bigotes blancos, es ya más bien mayor, pero aún se encarama bien por las montañas, lleva las cargas y cuando dispara el fusil nadie le ha visto nunca errar. Su escopeta inglesa está siempre guardada

en la funda de cuero. En los cañones lleva el dibujo de una serpiente que se enrosca hasta la boca. Normalmente Del Colle utiliza otra arma: un pequeño fusil que no requiere de tantos cuidados y que había encontrado en su casa. Del Colle es corto de estatura; se le ve venir de lejos con su pasito balanceante; se detiene de vez en cuando a mirar. Es un veterano de la montaña; ve las enfermedades de los abetos, conoce el canto de todos los pájaros, recuerda hasta los más pequeños caminos. Siente el mal tiempo cuando se avecina. Y conoce bien a sus compañeros: el segundo jefe, Giovanni Marden y, después, Giovanni Bertòn, Paolo Marden, primo del primero, Pietro Molo, Francesco Franze, Berto Durante, Angelo Montani, Primo y Battista Fornioi, Giuseppe Collinet, Enrico Pieri y Bàrnabo, al que llaman únicamente por el nombre y que después será Bàrnabo de las montañas.

No resulta fácil decir de dónde han venido. Alguno es hijo de guardabosques. Alguno, nacido entre los montes en el seno de aquellas familias patriarcales. Otros han llegado de lejos y han conocido los caminos de la llanura. Pero ya los han olvidado, aquellos caminos infinitos y polvorientos, abrasados por el sol. Allá abajo no había sombra ni viento y eran raras las fuentes. Había que ir siempre recto hacia delante; allá al fondo hay una planta umbrosa, un pequeño esfuerzo más. Los pies son de plomo, valor por haber llegado.

## 2

La casa que una vez fue de la familia Marden y que alberga a los guardabosques se ha hecho vieja. La madera de las vigas está podrida y las hojas de las ventanas no acaban de cerrar. Una noche, Durante se desvela porque siente frío. Se levanta y enciende la luz. El viento se ha llevado un trozo de tejado, así, silenciosamente.

Hubo un tiempo en que fue brillante y luminosa como un hogar de recién casados, con flores en las ventanas y pintada de distintos colores.

Ahora el revoque blanco de la planta baja ha desaparecido, las tablas que revestían el primer piso están ennegrecidas. Y el tejado, contando las lluvias, discutiendo con el viento, poco a poco, se ha cansado; comenzó a descantillarse, algunos listones de madera se iban rodando, pero nadie se daba cuenta. Se ha convertido en una edificación ruinosa; bastaría poco para hacer que se viniera abajo.

—Fornioi, tú que eres carpintero, arregla la viga del techo —decía Del Colle—. De noche cruje y acabará por agrietarse.

«Pero todo se arreglará mañana, mañana el sol será propicio y se tendrán ganas de trabajar. Sin embargo, es hoy cuando pasa el tiempo», pensaba Del Colle, «mañana todavía no ha pasado». Así, ante los ojos, sin apenas hacerse notar, la Casa de los Marden se desmoronaba. Entonces,

cuando Durante se dio cuenta de que un trozo de tejado había quedado al descubierto, comenzaron las discusiones.

«Hay que mudarse ya», se decía, «estamos demasiado lejos de la Polveriera. Aquí hay demasiada humedad», en medio del bosque. «Además, esta casa habría que reconstruirla desde los cimientos».

A Del Colle no le gustaba. Aquella cocina estaba ya ennegrecida por el humo, y habían penetrado muchas cosas raras en las paredes. «Es una lástima», pensaba. «Hace más de veinte años que vivo aquí dentro. Me acuerdo de aquel día en que vine aquí por primera vez. Era verano y llovía. Hay poco que contar, toda mi vida ha transcurrido en esta casa. Ahora, cuando estoy allí dentro y veo la escopeta colgada junto a la cama, ya no me importa nada tener mucho dinero ni estar en el pueblo. Qué estupidez. En esta casa también he sufrido y algunas veces, hace muchos años, se tenía un deseo desesperado por bajar a la llanura. Había incluso quien huía. Pero en otoño recuerdo que se cantaba, cuando Ermeda hacía la gran cacería. Cenas fenomenales, y el viejo Da Rin se ponía a tocar el violín. Los inviernos, después el verano, y otra vez el invierno, y ahora que soy viejo hay que irse».

He aquí qué más cosas recuerda:

Algunos meses después de la muerte de Darrìo, Del Colle es reclamado con urgencia en San Nicola. Llega abajo cuando ya anochece, en un día lleno de nubes grises. En casa del inspector, que tiene a sus órdenes a todos los guardabosques del municipio, se encuentra a una mujer delgada que llora con un rosario en la mano y a un señor bajito que infunde respeto. Eran los padres de Darrìo. Querían a cualquier precio el cuerpo de su hijo. No había forma de persuadirles de que aquello era imposible. El padre quería, a toda costa, ver con sus propios ojos dónde se encontraba el cadáver.

La madre se quedó en San Nicola. El padre y Del Colle se pusieron en marcha al amanecer, sin decir una palabra.



El viejo no tenía zapatos de montaña; sin embargo, subía rabioso, mirando hacia el suelo. Había llovido toda la noche y las hierbas y las plantas goteaban. Las montañas estaban aún negras bajo una cortina de nubes. Pasaron por la garganta, pasaron por el bosque, siempre recto, sin detenerse.

—Quiero subir lo más arriba posible —decía el viejecito, y Del Colle le condujo por los guijos, hasta donde se alzaban las paredes. Más arriba, a unos cuatrocientos metros, sobre una pequeña explanada con vistas, estaban los huesos de Darrío, uno aquí, otro allá, completamente desfigurados.

Pero subieron más arriba aún, empujándose el uno al otro, trepando a duras penas por los peñascos de un estrechísimo canal que se infiltraba por detrás de un torreón. Al fin, se detuvieron donde se cerraba la pequeña garganta y se alzaban a todo su alrededor riscos puntiagudos. Desde arriba, de una gran roca negra, caía con fuerza un chorro de agua de lluvia; una gruta viscosa y oscura entre rocas inaccesibles. Suspendidos mucho más arriba se hallaban los restos de Darrío; también éstos habían recibido la lluvia y, lentamente, se estaban secando. El viejecito miraba, inmóvil, hacia las rocas, como si estuviese hechizado. Y el estruendo de la cascada, y las nubes que pasaban despacio.

—Señor, ¿quiere que regresemos? ¿Se da cuenta de que es imposible?

Pero el otro no respondía, con la mirada fija en las peñas que se amontonaban en el cielo. Del Colle miraba el reloj: una hora, una hora y media, dos horas. Había que descender, estaba a punto de volver a llover. El padre de Darrío se movió únicamente cuando (se aproximaban las sombras de la noche) el guardabosques le tomó por un brazo y le dijo que era tarde. El viejo miró arriba una vez más. Entonces emprendió el descenso, sin decir ni palabra.

### 3

Han construido la nueva casa de los guardabosques en la vertiente del valle opuesta a aquélla en la que se encuentra la Casa de los Marden. Se trata de una construcción más o menos igual. Pero es toda nueva, con el tejado de zinc. Lo bueno es que se encuentra mucho más arriba, bastante cerca de la Polveriera, en un ancho prado rodeado por el bosque. He aquí el día de la inauguración.

Subiendo por la carretera, construida expresamente, por la que pueden pasar hasta las mulas, llega mucha gente. Es un domingo de julio, lleno de sol. Los hombres llevan el traje de fiesta y las mujeres van todas de colores. También los guardabosques se han afeitado y lucen el uniforme nuevo. Del Colle está fuera, sentado en un comodísimo asiento, y explica cuando aún estaba Ermeda y hacía tocar a la banda.

—Después se murió en las peñas y los músicos se desperdigaron. Ahora ya nadie sabe tocar. Allá abajo en el río está el viejo tambor; lo tiraron a los arenales de debajo de la plaza del Mercado; todavía quedan las partes de hierro, completamente oxidadas.

La explanada está orientada hacia el sur, es tranquila; el bosque murmura de vez en cuando y se ven perfectamente todas las grandes peñas. Hoy están blancas, y cándidas nubes van dejando sombras aquí y allá: los tres picos de San Nicola, la Croda de los Marden, el Baston del Re y, más a la

derecha, yendo de oeste a este, siempre en la misma cresta, el Palazzo, la Cima della Polveriera y, aún al fondo, el perfil de la Pagossa. Por encima de todos, con rayas de nieve, la Cima Alta y los Lastoni di Mezzo, que parecen cuatro estrechísimos campanarios.

Mientras tanto, comienza la fiesta. Dos de los que han excavado la carretera empiezan a tocar con sus armónicas música para bailar. Todos les rodean; están también el alcalde, el inspector, y hay risas y ganas de divertirse. Comienza, en efecto, una especie de vida nueva.

Qué bien baila Molo; entre sus brazos lleva a la hija del alcalde. También Bertòn se anima ahora y, un dos tres, un dos tres, también él sabe bailar el vals; sabe bailarlo e incluso mejor que muchos otros. Pero ¿cómo es que Bàrnabo, tan joven, se queda al margen? También él, al fin, toma a una muchacha y se une a los demás. Pero en el preciso momento en que las dos armónicas se interrumpen.

Del Colle será ahora quien hará sonar viejas músicas, aquellas de antaño que no dejan olvidar la juventud. También él ha ido a coger la armónica. Tranquilidad de la tarde, banderas que ondean al sol; la fiesta no ha hecho más que empezar, y habrá para toda la noche.

Del Colle toca la armónica y los demás escuchan callados. De pie junto a él se halla Giovanni Marden; sonriendo, mira las manos de Del Colle, que aprietan las teclas; apenas se mueven y, sin embargo, hacen salir músicas deliciosas. Las banderas han dejado de ondear. El viento ha parado porque todos están callados cuando se tocan las viejas canciones.

¡Bravo, Del Colle! Eso sí que es un hombre como Dios manda. Cincuenta y seis años, de acuerdo, pero oíd como toca; y no yerra una botella a cien metros cuando dispara con su fusil. Viva, gritan todos. El sol se ha inclinado un poco hacia occidente, pero nadie se ha percatado. Ahora se habla de bajar al pueblo. El alcalde y el inspector han prometido pagar la bebida. Algunos se encaminan ya, riendo,

por la carretera. Después todos los demás se unen a ellos, poniéndose en movimiento. Y Del Colle, ¿por qué no viene?

—Adelantaos vosotros —responde—, yo también vendré enseguida. Me he olvidado los papeles en la Casa de los Marden. Voy a buscarlos y os alcanzo en San Nicola.

—Ya irás mañana a buscar los papeles. Ahora ven con nosotros.

—Una hora después, ¿qué más os da? Yo también estaré allí, por supuesto. Está bien nuestra fiesta.

Todos los demás se han ido. Ha quedado un gran silencio. Poco a poco, el viento comienza de nuevo a hacer ruidos en el bosque. «Cu... cú... cu... cú», se oye de lejos. Del Colle se irá ahora a la Casa de los Marden. Cuesta abajo habrá apenas una hora de camino. Ha cerrado la puerta, nueva y recién pintada de verde. Tras mirar alrededor, ahora camina a pequeños pasos. Ha llegado al fondo de la explanada; poco a poco, desaparece. La nueva casa se ha quedado completamente sola.

En medio del bosque de abetos y alerces, el sol se ha debilitado y dentro de poco se pondrá tras el Col Verde. Hasta las montañas, con el tiempo, han cambiado. Muchos años antes, en los bosques, se encontraban una especie de pequeños espíritus. Del Colle los había visto bien en alguna ocasión. Tan ligeros, verdes como el prado, ¿podían haber sido ellos los que impidiesen las obras de la carretera? Es cierto que con los tiros de fusil, un disparo hoy, uno mañana, con la llegada de los trabajadores, con los estruendos de las minas, tal vez se había perturbado a los espíritus del bosque, y quién sabe dónde están ahora escondidos.

Ha llegado frente a la vieja casa, mientras el bosque se oscurece en especial donde las ramas son espesas. Del Colle extrae del bolsillo una pequeña armónica. Hubo un tiempo en que era así como sucedía. Los espíritus amaban aquellas canciones y, al cabo de poco, si había anochecido ya, aparecían entre los troncos.

Toca que toca y, mientras tanto, el sol se ha puesto. Un pequeño ruido, una rama que se quiebra y cae, aplastando las finísimas hojas amontonadas por el suelo. Se oye otro ruido. Ligeros, ligeros, ¿acaso han vuelto los pequeños espíritus de verde rostro que no hacen daño a alma viva alguna? Del Colle se da cuenta de que todo es como en los tiempos de su juventud. Está la Casa de los Marden, que en la oscuridad puede parecer nueva, está el bosque tranquilo, están los perfumes de la noche. Pero entonces Del Colle no tenía barba, ni las venas tan gruesas, ni la respiración tan pesada. Recuerda que llevaba hermosos bordados en la cazadora y, como los demás, tenía a la enamorada allá abajo, en los caseríos de San Nicola. En las fiestas cantaban juntos y deambulaban toda la noche, felices, por el pueblo.

Un soplo en las cimas de los abetos, un sutilísimo bisbiseo por todo el entorno del pequeño claro. ¿Es que los espíritus han desaparecido, han tenido miedo de nuevo? Ahora reina un silencio pesado, como, entre los bosques, Del Colle no ha sentido jamás. Pero, escuchando con atención, oye aproximarse pasos y percibe también voces humanas. Es mejor permanecer callado, esconderse detrás de un tronco. En las densas tinieblas el guardabosques ve salir de entre los abetos a dos hombres armados con fusil. Hablan entre sí, pero no logra entender lo que dicen. Uno de ellos se acerca a la casa e intenta abrir la puerta. Helos aquí, esos malditos.

Como la puerta está cerrada, el desconocido comienza a dar golpes. «Ahora te arreglo yo», piensa Del Colle, cuyo corazón se ha puesto a latir fuerte. Sale de un brinco del escondrijo, salta silencioso por la hierba. Entonces uno de los dos se percata de su presencia y huye hacia la derecha gritando a su compañero: «¡Cuidado, que te pescan!». Pero Del Colle ha agarrado ya al otro por los hombros, lo ha tirado al suelo, le aprieta el cuello. «¡Ahora ven conmigo, ladrón, más que ladrón!», le dice con respiración jadeante mientras lo tiene aprisionado.

Un tiro de fusil. Se ha visto una pequeña llamarada entre los troncos; el ruido se pierde lejos y se propaga un olor a pólvora de disparo. Del Colle ha sido herido en un hombro y cae. La sangre le borbotea en la garganta. El enemigo, sintiendo aflojarse el apretón, se pone en pie de un salto y se pierde en el bosque. Del Colle no grita siquiera, nadie podría oírle. Siente un dolor terrible en el hombro; tendido en la hierba húmeda, con los ojos abiertos, siente la sangre borbotando dentro del cuello.

Los asesinos han huido. Del Colle advierte entonces que el bosque ha vuelto a bisbisear y que el soplo del viento, tranquilo, llena de nuevo el vasto silencio. Allá a lo lejos, abajo en el pueblo, sus compañeros están bailando bajo los grandes focos; bailan y a Del Colle lo han olvidado. Era viejo, por lo demás, estaba bien con los viejos, con los alerces y las montañas. Ahora le han disparado a traición y su sangre ha bañado la tierra.

## 4

Buscando, buscando, bien deberá encontrarse a Del Colle. Había dicho que iba a la Casa de los Marden. Le encontraron por la mañana, muerto, tendido delante de la casa, en el prado iluminado ya por el sol. Fue Bàrnabo el primero en llegar a la explanada; y se dio cuenta de que el jefe estaba muerto aun antes de acercarse a él. Bien había de acabar así Del Colle, junto con su casa y sus deshilvanadas historias. A Bàrnabo le complació ver el tejado inconexo de la antigua vivienda, los maderos negruzcos, los vestigios de una larguísima vida y cerca, tendido sobre la hierba verde, a su jefe, mientras el sol se filtraba a través de las ramas. Fue entonces cuando se sorprendió por no sentir dolor. Sin embargo, había muerto su comandante, un buen hombre que a todos amaba.

Del Colle se había adormecido tal vez la noche antes pensando en las cosas que habían acontecido en su mundo, en los compañeros que habían traspasado aquel umbral. Habrá estado allí fantaseando y, mientras tanto, terminaba su vida. Realmente, mejor así; pero los demás no podían comprenderlo.

—¡Está muerto! —gritó Bàrnabo al oír pasos que se aproximaban. Era Giovanni Marden, seguido de los otros. Todos acudieron en torno al cadáver, sin osar tocarlo. Entonces vieron una mancha negra en la hierba. Hasta la cazadora estaba toda sucia de sangre.